

## COHERENCIA <sup>1</sup>

La juventud es apasionada y efímera, soñadora y transitoria, rebelde por necesidad de acción, inconformista pero no revolucionaria; le falta el conocimiento de la realidad, la experiencia del sufrimiento y la serenidad de fondo que caracterizan al revolucionario, no al guerrillero. Todos hemos sido, o podemos ser, revolucionarios de ocasión, héroes de un instante o de momentos. Ser revolucionario exige madurez y autocrítica, corrección, coherencia. Lao Tse, Buda y Jesús son esencialmente revolucionarios, y lo son por su fuerza y por su espíritu, ya que sólo la actitud correcta ante la existencia es auténtica revolución. Lo demás es tan sólo un cambio pendular, dramático y sangriento, de una a otra dirección, de uno a otro sentido.

Los seres humanos llegamos a la dantesca experiencia de una guerra para que el poder cambie de signo, exigiéndole que después sea coherente sin serlo nosotros. Tiempo más tarde volvemos a guerrear en una contrarrevolución, olvidando el único procedimiento eficaz y revolucionario: batallar primero de piel hacia dentro y domeñar nuestra incoherencia. El poder aplaude satisfecho y aliviado contemplando cómo le hacemos el juego.

Lao Tse, Buda y Jesús coincidieron, con distintas palabras, al afirmar que no venían a traer la paz, sino la guerra. La guerra a los corazones. Su corrección, su fuerza y su entrega, los hicieron revulsivos difíciles de digerir.

El poder ha intentado siempre generar la confusión entre las ideas y los valores que pueden comprometer su afianzamiento y desarrollo, por eso la historia ha ido desplazando la figura del guerrero, identificándolo con los héroes de epopeyas bélicas o de mitos imposibles. La otra perversión intencional, más moderna, menos física y más cibernética, ha sido la de afirmar que todos somos guerreros.

La naturaleza del guerrero es revolucionaria en sí misma por su humanidad, no por deidad alguna. Nadie conoce mejor y más de cerca las diferentes caras y fuerzas del Diablo que quien dirige la mirada hacia el centro de su corazón; y es tarea de guerreros hacerlo.

Al poder no le interesa que el ser humano conozca las mil caras del Diablo buceando de piel hacia dentro, porque las reconocería, multiplicadas en tamaño, eficacia y perversión, cuando al volver la vista hacia fuera lo contemplara en toda la dimensión de su mentira.

El poder no corrompe. Somos los hombres y mujeres quienes estamos corrompidos; el poder nos da la opción de ejercer la corrupción moral que llevamos dentro. Convendría tener siempre presente que la corrupción no se limita al dinero. Tal vez ésta sea la forma más tonta de corrupción, la más fácil de detectar, la más vistosa. Hay otras formas de corrupción más oscuras y perversas, implícitas en el incumplimiento de los juramentos de los cargos, de los programas vendidos en las campañas electorales y, por encima de todo, en la magnificación de la mediocridad, en la que tan hábiles son los medios audiovisuales. Todas ellas se traducen en un progresivo aborregamiento y deterioro de la condición humana de la población y en un permanente cercenar de cualquier iniciativa saludable y revolucionaria, entendida la revolución como vuelta a un orden justo que se estructure jerárquicamente en función de la cualificación y no de la competitividad sin sentido.

No hay manifestación más democrática que el reconocimiento de las diferencias psicofísicas entre unos y otros miembros de la especie. Desigualdad que se asienta en la codificación genética y en la experiencia, y que se hace igualdad en el derecho a una vida digna y respetada, sea cual fuere el papel que nos haya correspondido desempeñar en este confundido teatro del mundo.

El líder goza del privilegio de serlo, pero paga su precio en responsabilidad y duermevela mientras el liderado duerme a pierna suelta soñando, tal vez, que es líder y además puede dormir de esta manera.

En una pirámide de base cuadrada, como correspondería a una estructura de poder levantada sobre lo corporal, lo emocional, lo mental y lo espiritual, los bloques de piedra del centro de la pared norte sólo tienen una cara libre azotada por el viento: la cara norte. Igual les sucede a los del

---

<sup>1</sup> Extractado de "Amazonas y Guerreros" (páginas 124 a 129). José Luis Paniagua. Editorial Temas de Hoy. Año 1994.

sur con el viento del sur, a los del este con el del este y a los del oeste con el que sopla de su lado. Los bloques de las aristas tienen dos caras al viento y al efecto desgastador de la intemperie. Sólo el bloque superior tiene las cuatro caras al viento, a la luz, y también a la agresión del medio. El bloque superior es el que más se ve, también el que más se desgasta. En mi tierra se asegura, y es cierto, que para conservar en buen estado una casa en el campo que no se vaya a habitar es necesario y suficiente con repasar los tejados cada año y encalar sus paredes. Si no es así, la casa comienza a desmoronarse por el tejado, después siguen los muros y, al final, lo único que queda, confundido entre tejas rotas y escombros, son los cimientos.

Un líder inteligente procura no alzarse sobre elevadas pirámides y sabe cuidar, además de los tejados y los muros, los interiores de la casa. Cualquier guerrero sabe que la cualificación no es un don divino y eterno. Tan sólo una potencialidad que se hace acto y cobra el valor de la eficacia a través de la atención y del entrenamiento. Del ejercicio correcto de la cualificación para ser lo que se debe ser nace el respeto y brota la «competitividad bien entendida», la «saludable competitividad» que se apoya en la superación de uno mismo sin olvidar el principio de la realidad de la lucha.

La otra forma de competitividad, más generalizada y malsana, es «la competitividad mal entendida», que llena de páginas el «libro de los records absurdos» e intenta justificar, en el instinto de supervivencia, la lucha perversa, no por sobrevivir dignamente, sino por ser el primero, el triunfador caiga quien caiga. Olvidamos que en lo interior, el primero en caer es siempre uno mismo.

Al igual que sucede con la agresividad y la violencia, existe una competitividad natural, saludable y necesaria para la supervivencia del individuo y de la especie, que hunde sus raíces en la cualificación por el esfuerzo, respeta la experiencia y acata la jerarquía del orden natural: liderazgo y carisma. El desarrollo de este ser equilibrada y respetuosamente competitivo fortalece al individuo y da vigor a la especie. La competitividad patológica y la malintencionada no respetan principio alguno. Todo lo pervierten con sus juegos perversos. El individuo, la pareja, la familia, el municipio, el Estado - la especie en suma - se debilitan en ese tremendo gasto de energía que supone vivir en un continuo batallar donde el riesgo de homicidio físico, espiritual, mental, emocional o laboral no permite jamás un verdadero descanso. Las liebres, durmiendo con un ojo abierto para vigilar a sus predadores, lo tienen más fácil que los humanos. Ellas saben quiénes son sus enemigos. Todos están fuera, pertenecen a otras especies. Por desgracia, los peores enemigos del hombre se encuentran entre los hombres.

La «competitividad natural», sin vanales afiliaciones a movimiento ecologista alguno, es el mejor guardián y aliado de la Naturaleza, siendo consciente el guerrero de que la Naturaleza es su hogar, su mejor maestro y su granero. La «competitividad patológica» es su peor enemigo.

La «competitividad mal entendida», en el ejercicio oportunista de la perversión que la caracteriza, esquilma de recursos el Planeta y masacra pueblos y culturas sin querer saber de las funestas consecuencias presentes y futuras de sus actos, mostrando en ellas su falta de respeto y de cariño hacia la especie y hacia sus descendientes. Víctima propiciatoria de su propia debilidad y desconsuelo, se autodestruye destruyendo el entorno y violando los principios éticos, las normas de conducta que, por ley natural, salvaguardan nuestra supervivencia y desarrollo. La cualificación está siendo devorada por la perversa mediocridad y el «astuto» oportunismo del débil.

El éxito social es la «falsa moneda» que ha sustituido el magnetismo de la fuerza interior, el carisma. El silencio ha sido roto por el aplauso «garrulo y vocinglero» que subraya de desarmonía el triunfo del sin-sentido.

El reconocimiento aparente del triunfo, que simboliza el aplauso externo en vivo y en directo, nada tiene que ver con la trascendencia del hecho: suele estar más vinculado a la histeria colectiva del momento. Si el hecho fuera trascendente, y como tal percibido, sería negado, marginado, perseguido y eliminado por comprometedor. Buda, Jesús, Copérnico, Newton, Servet, Freud, Reich... son ejemplos elocuentes de esa soterrada realidad que no pueden camuflar las mejores maneras cortesanas de la más ladina «competitividad mal entendida».

El esfuerzo generoso y compasivo de hombres y mujeres para construir un mundo mejor y una vida más digna para todos, en lugar de fortalecer el egoísmo y dar con él virulencia al odio y a la envidia, es el camino de la cualificación hacia una «competitividad bien entendida». Un largo y laborioso camino que el guerrero debe recorrer en continua alerta y autorreflexión sensitiva. En constructiva y serena lucha interior.